

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



*“Los animales desaparecen de todas partes.
En los zoológicos constituyen un
monumento vivo a su propia desaparición...”*

John Berger

“¿Por qué miramos a los animales?”

Buenos Aires 8 de julio de 2110

Muy señores míos:

El motivo de la presente es comunicarles que en el día de ayer se ha desplomado parte del foso que rodea la zona correspondiente al parque temático Selva subtropical húmeda y que si bien se han reforzado los cimientos del ala derecha, ha sido imposible restaurar el resto de las instalaciones. Seguimos esperando que los técnicos vengan de tal forma que se pueda solucionar a la brevedad posible. Han pasado tres meses.

El único ejemplar de orangután asiático que nos queda ha sido trasladado de manera provisoria al área que aún se conserva intacta, a la jaula n° 34. De esta forma hemos podido evitar daños y perjuicios que hubieran supuesto una gran pérdida.

Sin otro particular, quedo a la espera de su respuesta.

Atentamente.

Horacio Raimondi.

Director del equipo técnico del zoológico de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Sabía que había sido en julio, aunque Ignacio dijera que habían mandado el mensaje en agosto. Imprimió una copia para mostrársela. Ignacio siempre confundía las fechas.

Se acercó a la ventana con la taza de café en la mano. Seguía lloviendo. Había apostado con él mismo a que hoy o mañana a más tardar, el bajorrelieve de la fachada del edificio del frente se caería. Escuchó la tos seca de su mujer en el dormitorio.

El cuerpo de la mujer tenía la oscuridad propia del desprendimiento, ya se le había caído parte de una mano y sólo le quedaban dos dedos aferrados a un ramo de flores. La porosidad de la piedra y la forma redondeada de los bordes del vestido lo estaban diciendo, no podía durar mucho más. Estaba a punto, pero no había sido hoy. Quizás mañana, o

pasado mañana. Ella tosió otra vez y al sonido de la persiana subiendo le siguió el de sus zuecos sobre el parquet.

–¿Querés un café? –El pelo largo recogido con un palito chino, los ojos un poco hundidos, y esa sonrisa constante que hacía perder el sentido de la risa. Como la lluvia, siempre igual.

–Ya he tomado uno.

Plegó la carta, la envolvió en un plástico y se la guardó en el bolsillo, al lado de las dos tarjetas.

–No lo hagas, no tiene sentido. Para qué, te vas a meter en líos –dijo ella.

Dejó la taza sobre la mesa, le dio un beso en la mejilla, se puso la capa y bajó las escaleras. Esquivó el edificio y desde el frente vio sus pequeños pies cargados de agua sobre el capitel. Apostó otra vez. Mañana se caería.

Llegó al puente que ya no era puente sino techo de casas y más casas de lata que sólo habían dejado un estrecho pasaje que estaba completamente inundado. El pibe estiró la mano, le dio una moneda y él quitó el palier que hacía de valla. Caminó sobre la tabla haciendo equilibrio.

–Gracias –dijo al llegar al otro lado.

No le contestó, puso otra vez el palier y se acostó en la hamaca que colgaba de las vigas del puente.

Eran ya las siete y media, el barro se le pegaba en las botas y no lo dejaba ir más rápido. Como en su sueño, cuando lo perseguían y quería correr pero los pies no se despegaban del suelo. Un sueño espantoso que lo hacía despertarse siempre empapado. Trató de acelerar, no estaba soñando y se hacía tarde. Se tocó el bolsillo del uniforme y constató que no se había olvidado las dos tarjetas.

A las siete y cuarenta llegó a la primera valla, metió la tarjeta en la ranura y la cruzó. Al menos de este lado la calle Santa Fe estaba asfaltada y era más fácil avanzar. Saludó con el brazo a los guardias del centro comercial. Los del banco dormían acodados en la escalera y en las casetas. Se secó la frente, se quitó las gotas de los párpados y caminó lo más rápido que pudo. Todavía le quedaban seis cuadras entre persianas bajadas, guardias de seguridad en la puerta de los grandes edificios y andamios. Habían dicho que estaban solucionando el tema de los derrumbes, y que la ciudad volvería a ser gobernable. Para eso, repetían, la habían dividido en cuarenta y siete distritos. Qué iban a decir. Al menos en el suyo tenían luz, podían hacerse un café, cumplir con los horarios, llegar a tiempo.

Casi veinte años haciendo el mismo recorrido a la misma hora y viendo cómo el agua se iba llevando todo. Aunque la verdad era que la lluvia no tenía fuerza para arrastrar de un golpe los restos. Su constancia pudría y corroía poco a poco. Otra cosa sería una inundación total, un barrimiento, un diluvio a la Noé, cualquier cosa, pero ni eso. Lluvia suave, lenta, que hinchaba, pudría y hacía que la ciudad entera fuera un recipiente con las paredes careadas.

Pascal decía que las moléculas de un líquido, al estar sueltas no sólo ejercen presión hacia abajo (el fondo, –o sea él mismo–) sino sobre las paredes del recipiente que lo contiene (o sea la ciudad entera) y la presión que se ejerce sobre un punto de un líquido se transmite íntegramente y con la misma intensidad en todas direcciones. Y pensar que lo había dicho hacía tanto tiempo, sin saber que un día los edificios de Buenos Aires serían como vasos comunicantes bajo la constante presión de los líquidos. Como si el río se estuviera vaciando desde el cielo. Manso y sin apuro.

Saltó un charco y cambió de acera. En el barrio ya lo habían aceptado y nadie se preocupaba. La desaparición era habitual. Cada tanto se hundía un trozo, aparecía el socavón y en el socavón crecían camalotales y musgos, en el musgo aparecían nuevos insectos y los nuevos insectos anidaban en el agua y en los recovecos de las cloacas. Quizás los cocodrilos, la anaconda y las tortugas también andaban por ahí, salvados de los vocingleros guías de antes que recitaban cuentos de Quiroga cuando los mostraban al público en el parque temático ribereño. Seguro que en libertad la anaconda y todos los reptiles fugados estaban mejor, aunque en la contabilidad del año anterior faltaran casi doscientos. La lluvia era todo, un problema.

Pero él la había peleado y estaba de este lado. Sólo tenía que cruzar un puente que no era de los peores. Más allá estaban los puentes difíciles y la fauna que vivía bajo los puentes difíciles. No podían dejar que se acercaran. Los chicos corrían en hordas y la semana pasada por fin habían conseguido llevarse las tres cabras, las últimas cabras del parque temático montaños. Si él hubiera estado de guardia, les hubiera pegado dos tiros, a ver si se llevaban o no las cabras. Hordas sin ninguna noción de futuro, porque cómo explicarles que ya habían hecho un acuerdo para mandarlas al zoológico de Boston, que había ofrecido un buen precio. Con eso al menos hubieran podido restaurar parte del edificio central que se estaba cayendo. Hinchado, obeso de agua. ¿Pero qué sentido de futuro se les podía pedir a esos muertos de hambre?

Cruzó en diagonal Plaza Italia, esquivó los arroyos y los charcos y a las ocho en punto llegó a la puerta del zoológico. Puso la tarjeta en el visor y atravesó la reja que se abrió enseguida a pesar del óxido.

Ignacio lo saludó con los ojos sin despegar los labios de la bombilla. Todavía conseguía yerba y a veces le regalaba algún paquete, según el humor o el reuma que tuviera. Se cambió de botas y se sentó en su escritorio. Abrió la carpeta, revisó las firmas, constató que los cuidadores todavía no habían llegado y lo miró.

–Debe haberse vuelto a inundar el cruce –dijo y se cebó otro mate.

Ya le había hablado de la ecuación de Pascal, pero no la aceptaba. Eso es precámbrico, decía. También le había hablado de la necesidad de

permanecer, de no diluirse como se diluía todo, le había dicho que en algún momento la presión de los líquidos cedería y todo volvería a ser como antes, lo único diferente sería que el río llegaría hasta ellos y serían una isla más del delta. Tenían que estar preparados para eso. La presión del líquido se expande cuatro veces más, es de uno a cuatro, Ignacio. Pero aquí estamos seguros, será una buena isla. Grande, verde, y aunque nos quedan pocos animales, vendrán otros. Ya verás.

–Un día dejará de llover. –Le dejó la copia de la carta en su escritorio.

–Ni vos ni yo lo vamos a ver.

–Hay que reclamar otra vez. La mandamos en julio, como te había dicho.

Una nube de mosquitos flotaba contra los cristales. Las Ipomeas estaban abiertas y la nube acelerada, como si supiera que el tiempo era corto. Más todavía. Si antes nacían, crecían y se reproducían en dos o tres días, ahora cumplían el ciclo en veinticuatro horas. Volvió a su mesa y abrió el libro.

–Eso se escribió hace más de cuatro siglos y suena a religión, hermano –comentó Ignacio, caminó hacia la puerta y se quedó mirando la calle.

Tampoco hoy vendría nadie. No era capaz de imaginar ni quería imaginar ningún futuro. Apenas era capaz de organizar los diez minutos siguientes a este y saber que seguiría allí durante las ocho horas de cada día. Sólo era capaz de suponer y de desear que en el futuro se hicieran cosas completamente distintas a las que se hacen hoy. No sabía cuáles. Cortó algunas ramas que pugnaban por trepar al marco de la puerta.

–No ves cómo crecen. Es un disparate.

Horacio no lo escuchaba, leía esos manuales viejos, inútiles para explicar la falla, la pérdida de un polo en el cierre de un ciclo. La constancia asusta, el agua cae con una obstinación que uno no sabe a qué atribuir y llueve sin cesar desde hace quince años. El sol sale, evapora el agua en tres minutos y después llueve, durante casi todo el día llueve.

–Ayer hubo un arco iris circular. Completamente circular, alrededor del sol- le dijo, pero Horacio siguió leyendo. –Y si hay algún futuro seguro que será aquel que haya sido capaz de acabar con todo esto. Incluso comprendo la necesidad de olvidarnos como si fuéramos la peor pesadilla. El punto álgido del crimen. El asesino ingenuo, o que pretende ser ingenuo mientras camina sobre cadáveres. Y si no, decime ¿Qué estamos haciendo aquí vos y yo?

–No me hables así –Levantó la vista del libro y se acercó a la puerta. Llovía con ráfagas de viento.

–Entonces, no te hagas el boludo, no mandarán a nadie –Ignacio levantó la carta y la agitó en el aire.

–Y qué querés que haga.

–Saber, al menos saber. Decir que no. Con eso me conformaría.

Horacio se puso la capa. Qué más quería que supiera. Algún día tenía que dejar de llover. De eso estaba seguro. Y el resto era sólo mientras tanto.

–Hacelo de una vez, cuántas cartas más quieres que mandemos– dijo Ignacio, con ese tono de sabio viejo que conseguía irritarlo.

Salió de la oficina. Si lo hacía iban a cerrar. Tendría que estar metido en su casa y oír toser la humedad pulmonar de cada día, a cada hora.

Caminó sobre los charcos, cruzó el puente colgante, y entró al parque temático del bosque subtropical húmedo. La ladera seguía drenando agua y si los técnicos no venían se derrumbaría del todo. Rodeó el socavón y fue hasta la despensa. Cargó el pasto y los cereales en la carretilla y los llevó a la jaula 34.

Garúa estaba sentado sobre la roca y se acariciaba las manos. El pelo empapado le caía sobre la cara.

–¿Por qué no te has metido bajo los aleros? –descargó la carretilla en la batea. Esperó que reaccionara, que tuviera hambre, que le hiciera algún gesto.

–Hace frío, si seguís ahí sentado te vas a resfriar y los veterinarios no van a venir nunca. Vení Garúa, come algo.

Garúa alzó los ojos en medio de sus largos pelos rojizos, después bajó la cabeza y se rascó una pata. Volvió a acariciarse una mano con la otra, pero no se movió.

–Los cuidadores no han podido llegar, pero te traje los cereales más secos que encontré. Pronto va a dejar de llover. Lo se, todo tiene que ver con la presión de los líquidos. Cuando no hay presión, se contraen. Pasará, no falta mucho tiempo. Vení, comé.

Horacio se sentó bajo el alero de la jaula y buscó un cigarrillo en el bolsillo interior del saco. Estaba húmedo, pero consiguió encenderlo. Garúa observó el humo. Le hizo los aros que ascendieron lentos en el aire. Siempre le habían gustado las volutas del humo. Antes las deshacía con la mano y saltaba.

Lo miró sin ninguna curiosidad y siguió encaramado en su roca. Como un dios colorado y peludo, sin apuro, seguro de que estaba ahí para siempre, que nada de lo que sucedía le interesaba, un dios que ya había superado cualquier necesidad y sobre todo cualquier deseo.

La lluvia se había adelgazado y parecía que el sol quería salir aunque fuera unos instantes. Miró hacia las altas copas de los árboles. Garúa también miró hacia arriba otra vez. Una urraca revoloteó y graznó a la espera de algo, como ellos. O como él, porque Garúa no parecía esperar nada. Ausente, completamente ausente.

–Te la dejo abierta– le dijo y caminó hacia la puerta de la jaula.

Garúa lo miró y continuó inmóvil. Abrió la puerta, la movió varias

veces para que entendiera que estaba sin llave, que no iba a cerrarla, que no tenía sentido cerrar nada más, que ahí estaban el camino, los puentes, la ciudad, el río y quién sabe si algún trozo de selva no acotada.

–Me voy. Está abierta– volvió a mover la puerta sobre las bisagras oxidadas.

Era un dios, porque ya ni lo escuchaba. Ni hizo nada, ni esperaba nada. Quizás Ignacio tenía razón, no podía haber inocencia, no, a esta altura del paseo nadie podía ser inocente. Y quién se iba, quién se podía ir y adónde.

Dio unos pasos y fue entonces cuando le pareció que Garúa levantaba el brazo rojo, ese hermoso y gran brazo con manos prensiles y lo saludaba, o era él quien estaba levantando el brazo bajo la lluvia que no cesaba de caer, fina y constante.